

Harold Hodge

EL PORVENIR DEL PATRIOTISMO

SE puede hablar de porvenir del patriotismo? El patriotismo tiene un gran pasado, tiene también un hermoso presente. ¿Pero tiene un futuro? Semejante pregunta podrá parecer una fantasía, hasta una locura si se quiere. La mayor parte de las preguntas que se nos formulan sobre cosas que nunca se nos ha ocurrido pensar, nos parecen una locura. El patriotismo es una creencia, un sentimiento, un ideal, un estímulo que creemos esencial a nuestra vida de civilizados, si no ya a nuestra existencia misma. Jamás se nos ha ocurrido pensar siquiera que este sentimiento pueda no ser eterno. De manera que, en este supuesto, no nos hemos preocupado más del asunto, lo que es por cierto muy cómodo. La mejor manera de no contestar a ciertas preguntas es no hacérselas. Sin embargo, no es posible seguir esta política eternamente. La idea de reemplazar el patriotismo por otro sentimiento, nos choca desde luego; podemos agregar sin temor a equivocarnos que nos seguirá chocando. Pero nos asiste el derecho de dilucidar toda cuestión, aun la de solución más remota. ¿Hemos pensado en las

posibles, ni aun siquiera en las probables consecuencias que traería consigo la eliminación de la guerra? Podrá parecer una utopía la realización plena y absoluta del Pacto Kellog o de los propósitos de la Liga de las Naciones, para los espíritus simplistas. Pero es innegable que el ideal de la Liga, «no más guerras», ideal que parecía una locura descarada para los seres prácticos y una cosa improbable para los bien intencionados, es hoy seriamente estudiado, es un asunto y una preocupación real aun cuando hasta ahora no había sido más que una ilusión. Lo que *nadie* creía seriamente, lo creen hoy *algunos*. El *meden* de los griegos se ha convertido en *ouden*. La supresión de la guerra es ya hoy una tesis razonable para sustentar y discutir. Y esto no sólo entre los visionarios, sino que hombres sesudos y de sabiduría y experiencia estudian hoy concienzudamente una idea que hace años hubiera parecido una extravagancia. Por consiguiente, no hay nada desprovisto de lógica ni de carácter práctico en el hecho de considerar las consecuencias que pueda acarrear al patriotismo el éxito de la Liga de las Naciones en su propósito de eliminar la guerra.

Se pretenden actualmente rebajar los presupuestos militares y navales. Se habla de la inutilidad del fausto militar y se moteja de incivilizada la profesión de las armas. No se piensa en los militares y marinos como en los defensores de nuestro suelo, sino que se lamenta o se discute la necesidad de su existencia. Se dice que no hay que mencionar con excesiva frecuencia la bandera y se proscriben el imperialismo y la hegemonía militar. Todo es, naturalmente, una consecuencia directa de la Gran Guerra. Pero sería una locura pretender que la guerra no tiene su lado bueno para la humanidad y empeñarse en verla nada más que por lo que tiene de ruinoso y de horrible. La verdad es que la guerra, desde el punto de vista del sufrimiento, es grandiosa y muchas veces magnífica. El buen soldado se convierte

en héroe por lo que sufre y por la manera como sufre. Y sería lamentable tratar de empequeñecer el sufrimiento y el valor. Ahora bien, es indudable que estas virtudes no habrían alcanzado nunca el grado de elevación en ninguna otra escuela más que en la de la guerra. No es hacer un servicio a la paz el ocultar la verdad entera respecto a la guerra.

Abordemos el problema de frente. ¿Se nos ha ocurrido pensar en la influencia que la guerra ha ejercido en el concepto patriótico de los ciudadanos de este país (1), por ejemplo, y de su historia? Nosotros no podemos menos de reconocer que el patriotismo le debe mucho a la guerra y que sería difícil considerar la historia de un país cualquiera sin la existencia de la guerra. Suprimida la guerra, ¿sería posible echar una mirada retrospectiva a la historia nacional de Inglaterra, por ejemplo? ¿Podríamos prescindir de las victorias y las grandes luchas sostenidas con países extraños para fomentar y conocer el sentimiento patriótico? Sería poco honrado decir que sí, cuando lo evidente y justo es decir que no; y «NO» es en esta cuestión la única respuesta que sintetiza la verdad. Lo contrario sería eludir la cuestión. Suprimamos las calles de nombres militares, los nombres de plazas que evocan recuerdos bélicos, suprimamos los monumentos navales o militares de Londres, suprimamos el soldado y el marino en San Pablo y la Abadía de Westminster y ¿qué nos queda? Supongamos una historia de Inglaterra prescindiendo de las invasiones de César, la campaña de Claudio, los viajes de Hengists y Horsa, los dinamarqueses, la batalla de Hastings, las Cruzadas, Crécy, Poitiers, Agincourt, Juana de Arco, la Armada española, Van Tromp, de Ruyter, Quebec, Dettingen, Fontenoy, Blenheim, Malplaquet, el Nilo, Trafalgar, la guerra peninsular, Waterloo, Inkerman, Alma, la revuelta hindú, Omdurman, Mons, el Marne, El Somme, el ataque alemán en marzo de 1918 y el avance fi-

(1) Inglaterra.

nal de los aliados. Suprimamos todo esto y decidme: ¿qué queda para estimular nuestro patriotismo? Si nada de esto hubiera sucedido, nuestro entusiasmo patriótico, bueno o malo, ¿sería lo que hoy es? ¿Podría haber otros hechos que despertasen nuestro ardor patriótico en la medida que estos lo despiertan? ¿Se podría apelar en la misma forma al sentimiento del honor patrio?

Una vez que supiéramos que nunca podían suscitarse cuestiones de defensa del suelo patrio, que nunca podría llamársenos a las armas, ¿podría contarse con el mismo fuego en el alma para defender la patria con que ahora contamos? Un país que nunca ha requerido el sacrificio de sus ciudadanos o en alguna forma no ha necesitado apelar a su suprema renunciación, difícilmente puede inspirar a sus hijos los sentimientos que en la actualidad conocemos por patriotismo y heroísmo. Y sin la guerra estos sacrificios no existirían.

Necesariamente hemos de convenir en que la guerra es un acicate del patriotismo porque la guerra pone a una nación frente a otra. Es difícil imaginarse el patriotismo si existe un solo Estado. Todo aquello que tiende a suprimir las diferencias entre las naciones, que tiende a confundirlas, no puede intensificar el patriotismo. Verdad es que en el Imperio Romano, el más absorbente de la historia, existía un patriotismo exaltado. Pero tenía tras de sí un glorioso pasado militar. Además el imperio estaba sobradamente atareado con los bárbaros y las naciones enemigas limítrofes para perder su carácter romano. Las guerras del Imperio, si bien es cierto que minaron por fin el imperio de Occidente, contribuyeron no poco a mantener vivo el patriotismo romano. Y no cabe la menor duda de que el mayor patriotismo de la ciudadanía romana absorbió el patriotismo más reducido de muchos de los Estados o Naciones absorbidas por Roma. Y allí donde ese patriotismo no fué completamente absorbido, fué

por lo menos debilitado en su intensidad y alterado en su carácter. Entre los historiadores es un lugar común que el patriotismo se eleva a su más alto grado en los pequeños (y pendencieros) Estados, como las repúblicas helénicas, Judea, los Estados Italianos del Renacimiento e Irlanda.

Si la Liga de las Naciones consigue eliminar la guerra, las naciones civilizadas se encontrarán con una política dentro de la cual ningún estado tendrá necesidad de defenderse contra otro y no habrá ya lugar de apelar a la defensa militar contra las potencias civilizadas. Los pueblos no civilizados tendrán sin embargo que ser corregidos todavía mediante el empleo de la fuerza. Cómo y quién ha de aplicar esa fuerza, es cuestión que no se ve clara. Pero de todos modos, fácilmente se comprende que en tal caso el ciudadano de un país civilizado encontrará todo cuanto necesita como ciudadano en forma muy diferente que el de un país que está sin civilizar.

Si el acto de incorporarse a un Estado más poderoso absorbe en la mayor parte de los casos o debilita el patriotismo de un Estado menor, ¿cómo no habría de absorber y debilitar en grado sumo el patriotismo de cada uno de los Estados la formación de un solo Estado universal en el que estuvieran refundidos todos los estados de la tierra? ¿Pero habría alguien que sintiera afección por una comunidad de esta especie? ¿Habría lugar para el patriotismo en medio de esta nueva política?

En la actualidad, es cierto que no son muchos los entusiasmos despertados por la Liga de las Naciones. Son pocos los que saben algo de ella y son menos aún los que saben la labor que esta Liga ha realizado. Pero nadie puede mirar impasible esta máquina formada por la mayoría de los Estados civilizados del mundo y por los más poderosos (con excepción de los Estados Unidos), y dispuesta para tratar precisamente los asun-

tos que a cada Estado interesan más vivamente, sin comprender que ella constituye un factor importantísimo en el mundo civilizado del futuro. Esta importancia radical nada puede destruirla sino la pronta y total ruina y fracaso de la Liga de las Naciones. Hasta dónde puede llegar esta importancia e influencia, no se alcanza a determinar aún, porque hasta la fecha la labor de la Liga ha tenido solamente la apariencia de una conferencia, y a las conferencias internacionales estamos ya de sobra acostumbrados, sin darles más alcance que el de un acuerdo político. Para el vulgo Sir Austen Chamberlain va a Ginebra a mirar por los intereses británicos y todos los demás Ministros de Relaciones van con el mismo objeto a defender los intereses de sus respectivos países. En la actualidad la Liga presenta más el carácter de una conferencia de Embajadores que el de una conferencia internacional. La Liga Anfictiónica fué algo semejante en Grecia, pero la Hélade era solamente una pequeña fracción de Europa. El nacionalismo parece estar más a la vista que de ordinario, cuando el Consejo de la Liga de las Naciones sesiona y da de sus sesiones largas reseñas en la prensa. Pero si la Liga subsiste y se mantiene, aquel no puede hacerlo del mismo modo. Ya parece que se ha sembrado toda la semilla internacional y aunque la semilla crezca y fructifique, difícilmente podrá crecer y fructificar tanto como la mejor de las semillas. Los funcionarios de la Liga están investidos de un carácter permanente. Viven en Ginebra, están allí en su centro. La Liga es para ellos lo más grande del orbe. A medida que vayan pasando los años sobre este cuerpo permanente, se irá éste haciendo más y más internacional hasta que llegue una generación que sea real y verdaderamente internacional. No olvidarían a su país, porque nunca habrían tenido un país suyo que olvidar. Y esto puede ocurrir antes de que alcancemos el fin último perseguido por la Liga de las Naciones, lo que

justifica la pregunta que hacíamos al comenzar este artículo. Es fácil calcular la influencia que tendría un cuerpo semejante, pero no es tan fácil comprobarlo, porque hasta el momento nada parecido hemos tenido nosotros.

Pensad en el prestigio de un cuerpo internacional que ha conseguido suprimir la guerra y establecer una paz mundial definitiva. Pensad en la inmensa autoridad que este cuerpo tendría al tratar con un gobierno particular cualquiera. Hemos de tener en cuenta que la Liga sería un cuerpo permanente independiente, responsable sólo ante sí de sus propios actos; porque esto es en resumidas cuentas lo que la Liga sería, si consiguiera su propósito; no podría encontrársele poder comparable sino en el Papado. La Liga sería una especie de Papado civil o secular. Después de proponerse en sus comienzos ser un cuerpo internacional, se convertiría en un cuerpo super-nacional. No sería ya posible poner un límite a sus actividades. Ya en la actualidad ha abordado la Liga el estudio de problemas de gran importancia social como la jornada de ocho horas, la trata de blancas, etc. ¿Por qué no habría de entrar el día de mañana en el estudio de otros tópicos no menos interesantes? Por ejemplo, la libertad de comercio en ríos y mares dentro del territorio de una nación. Hasta llegaría seguramente un día en que así como se ha establecido una Corte Permanente Internacional de Justicia, se estableciera un Banco Internacional. No habría Gobierno que se atreviera a ir contra las decisiones de la Liga. Habría que mirar a los funcionarios de la Liga no ya como políticos nacionales sino internacionales y no habiendo por otra parte poder ni fuerza militar o naval para oponer a las resoluciones de la Liga, ésta resolvería y actuaría tranquilamente en las disensiones de un gobierno con otro. Porque, naturalmente, al quedar en absoluto eliminada la guerra, quedarían eliminados los instrumentos y aprestos bélicos. Todos los países con ejércitos y arma-

das tendrían que cambiar radicalmente, teniendo para resguardarse el poder de la Liga en adelante.

Pues bien ¿qué sería del patriotismo en estas circunstancias? ¿Se concibe que hombres y mujeres sintiesen hacia su país ese entusiasmo y ardor que hoy experimentan cuando se toca la cuerda patriótica? Los pacifistas responderán sin duda: «Claro que no, y con ello ganaríamos mucho. El patriotismo de hoy es un sentimiento errado, el de mañana sería un lazo espiritual y moral que uniese a todos los pueblos. Una vez establecida la paz universal, lo mismo sería un país que otro. Ninguno estaría en peligro, de manera que no habría para qué mirar las cosas desde ese punto de vista. Es preferible la paz sin patriotismo que el patriotismo con guerra.»

Pero si los pacifistas encuentran tan expedito y llano prescindir del patriotismo, no opinamos lo mismo nosotros por lo general. Y se ha de tener presente que estos pacifistas son demasiado optimistas en sus cálculos cuando piensan que la desaparición de la guerra constituiría el establecimiento del reino de los cielos sobre la tierra. La historia de los grandes períodos de paz que ha tenido el mundo nos demuestra lo contrario; por lo que hace a Inglaterra, por lo menos, todo lo relativo al espíritu ha estado más en evidencia durante la guerra que después de la guerra.

Surge, pues, la cuestión de si será preferible que continúen las guerras para que no muera el patriotismo o será mejor que venga la paz y que el patriotismo se acabe. Dios nos libre de querer la guerra para defender la existencia de un sentimiento. Pero reconozcamos que ambas soluciones son inmorales. ¿Qué se ha de hacer entonces con el entusiasmo patriótico? Convertirlo en una generosa competencia o rivalidad. Pero la rivalidad podrá tener todas las cualidades menos la de ser generosa. La rivalidad se explica desde luego en otro orden de cosas, en los deportes y otras actividades que estimulan el entusiasmo regional. El deseo de sobre-

pujar a otro país en las artes de la paz es natural y puede ser generoso. Pero esta rivalidad es muy distinta de la que implica el amor al país, sentimiento que se ha dado en llamar patriotismo. El deseo de vencer en los juegos olímpicos puede considerarse patriótico, pero está muy lejos de ser el patriotismo que preconizaba Pericles. En el deseo de ser mejores que otro país no podemos hallar el entusiasmo que necesitamos.

Pero si podemos demostrar que los impulsos del patriotismo son enteramente cristianos, habremos encontrado la justificación deseada. ¿Podremos demostrarlo? En cuanto a las condiciones que el patriotismo exige, la negación y el sacrificio de sí mismo es completamente cristiano; pero en cuanto al esfuerzo y al deseo de sobrepujar a los demás, en ese carácter no es cristiano. Jesucristo no hizo distinción entre los ciudadanos de un país y los de otro. Es imposible (porque sería profano) suponer que Dios tiene preferencias sobre una nación en perjuicio de otra, que pueda sentir mayor predilección por una nación que por otra. Eso sería retrogradar a los tiempos de los dioses parciales, de tribu. San Pablo no reconocía otra diferencia esencial entre un hombre y otro que el que perteneciera o no al bando de Cristo. La igualdad de todos los hombres ante Dios está en la esencia misma del Cristianismo. Sería muy difícil sentar el hecho de que somos patriotas porque somos cristianos. Pero tampoco podemos decir que somos cristianos porque somos patriotas. ¿Qué es, pues, lo que tiene que hacer un cristiano, qué es lo que tiene que hacer un patriota? No puede creer que el patriotismo, que ha inspirado tan grandes acciones y tan nobles en el hombre, está reñido con su espíritu cristiano. Y a pesar de esto, no puede tampoco probar la conexión que hay entre ambos. Por consiguiente, no le queda otro recurso que creer en los dos, seguro como está de que ambos tienen distinto objetivo y deben mirarse desde diferente punto de vista. No hay incompatibilidad entre uno y otro. Esta no será

una actitud muy gallarda, pero es la que más se acomoda a las exigencias de nuestra fe y de la realidad misma. Siempre en pie una cosa: que el patriotismo no está reñido con el espíritu cristiano y que se puede proceder de acuerdo con ambos.

Resta por dilucidar una cuestión: ¿podemos tener un patriotismo vivo que no esté basado en la rivalidad con otras naciones? Eso sería el *desideratum*. En la práctica se siente uno inclinado a no creer en tal patriotismo, pero en la teoría es completamente posible.

Preciso es reconocer que una nación tiene su entidad, su *personalidad* si queréis mejor, que la distingue de los hombres y mujeres y de la tierra que la constituyen, de igual manera que una casa es algo más y distinto de los materiales que la componen y del sitio que ocupa. Esto sentado, puede muy bien una nación ir progresando hacia un ideal prescindiendo de toda consideración individual, es decir, fuera de la línea individual. El objetivo de cada ciudadano sería ayudar a su país a acercarse cada vez más a ese ideal inasequible, no precisamente el de aventajar y vencer a otras naciones. Antes por el contrario, su deseo sería ayudar también, en cuanto pudiera, a las demás naciones en el camino de su progreso. Su patriotismo consistiría entonces en el culto de un ideal nacional. Su anhelo sería ver a su patria siempre camino de la perfección, sin cuidarse de su propio engrandecimiento.

Pero esto, habrá quien nos objete, es muy vago, es mera palabrería. Difícilmente. Todo lo que hasta ahora se ha conseguido es una posible armonía o un camino para la armonía entre el patriotismo y las condiciones del futuro, una armonía racional que en la mente de los ciudadanos debe necesariamente preceder a toda expresión de un anhelo, tanto en el hecho en general como en detalle. Es como dar una buena dirección, pero sin ayudar al que la pregunte a dar un solo paso por el camino.